SUPLEMENTO ESPECIAL DE PAGINA/12



Camino a la Puna

De Catamarca a La Quiaca, la Ruta 40 se adentra en el Noroeste por los Valles Calchaquíes hasta la inmensidad de la Puna.

Este ejemplar acompaña la edición de Página/12 del 3/12/2006.



Alejandro Elías



En Jujuy, el pequeño pueblo de Maimara, a los pies de los imponentes cerros de la Quebrada de Humahuaca.



Quebrada del río Las Conchas. En la confluencia con los valles Santa María y Ca

LA RUTA 40: LOS CAMINOS DEL NOROESTE

De los Valles

Apropiándose de la Ruta 40, los Valles Calchaquíes ofrecen al viajero un panorama de paisajes sorprendentes, sinuosos caminos y coloridos cerros. Cada tanto asoman pequeños oasis, con sus pueblos silenciosos e ilustres, laberintos de montaña y piedra que adquieren inusitadas formas, cardonales interrumpidos a veces por el amarillo intenso de la flor del amancay y tumultuosos ríos y arroyos de aguas transparentes. Continuando el itinerario hacia el Altiplano, la mítica ruta lleva a los viajeros por los pueblos, valles y cerros del Noroeste hasta la silenciosa vastedad de la Puna.

Como un lazo imaginario, la Ruta 40 ya unió los pictóricos paisajes de la Patagonia con la tierra del sol y del vino en el tramo cuyano, para arribar al fin a los fértiles valles y los cerros de mil colores del Noroeste. De Cabo Vírgenes partió este camino para abrazarse a la Cordillera de los Andes, surcando pueblos y tradiciones hasta alcanzar la ciudad de La Quiaca, el fin o el principio de un viaje inigualable.

CATAMARCA

EN TIERRA DIAGUITA Sobre la Ruta 40, Londres es la primera localidad fundada por los españoles en Catamarca y la segunda más antigua del país, y debió cambiar varias veces de ubicación como consecuencia de las rebeliones calchaquíes. Fundada en 1588 por Juan Pérez de Zurita a orillas del río Quimivil y sobre la ciudad incaica de El Shincal, recibió el nombre de "Londres de la Nueva Inglaterra". Londres se despliega hoy con sus sencillas construcciones a ambos lados de la ruta y es como un pequeño oasis donde prosperan los nogales. De larga tradición textil, las artesanas de este pueblo son famosas por el hilado y el tejido de finísimos ponchos de vicuña y alpaca.

A sólo cuatro kilómetros, las ruinas de El Shincal de Quimivil conservan los restos de un importante centro administrativo incaico, donde permanecen en pie un centenar de recintos, algunos tramos empedrados del antiguo Camino del Inca y un acueducto de piedra que atraviesan todo el casco urbano.

También ubicada sobre el antiguo Camino del Inca, Hualfín fue sede de una antigua estancia allá por 1736 y hoy es un pequeño poblado con casa de adobe y callejuelas estrechas. La capilla de Nuestra Señora del Rosario, levantada a la entrada del pueblo en 1770, es una joya de la arquitectura popular y una de las más bellas iglesias coloniales catamarqueñas. El valle de Hualfín, poblado de viñedos y pintorescas serranías, estuvo habitado por numerosos grupos indígenas que protagonizaron, en el siglo XVII, una de las últimas revueltas contra el dominio español.

PUERTA CALCHAQUI Continuando rumbo al Norte, Belén es la verdadera puerta de acceso a los Valles Calchaquíes, enmarcada en un valle rodeado por la sierra de Chango Real y por cordones montañosos cruzados por profundas y hermosas quebradas. La ciudad de Belén, fundada en 1681 por el presbítero Bartolomé Olmos y Aguilera, tiene una plaza principal cubierta por la densa sombra de pinos y casuarinas, y frente a ella la antigua iglesia de Nuestra Señora de Belén. En sus valles fértiles abundan los viñedos y los nogales, las vicuñas y las llamas. Uno de sus principales atractivos es la artesanía textil, razón por la cual se conoce a este departamento como "la cuna del poncho" o, como le dicen algunos lugareños, "la ciudad de las hadas hilanderas".

Uno de los lugares más atractivos de la región es el Valle de Santa María o de Yokavil, donde habitaron culturas milenarias que extendieron su influencia hasta Catamarca, Salta y Tucumán, y fue ocupado por los incas hasta la llegada de los españoles. De aquella época quedan hoy en silencio las ruinas de Fuerte Quemado, Cerro Pintado, Punta de Balasto o Rincón Chico, o las pinturas rupestres de Ampajango y Shiquimil. Aunque los primeros asentamientos datan de 1550, con la llegada de Núñez del Prado y Juan Pérez de Zurita, recién a comienzos del siglo XVIII Santa María de los Angeles del Yokavil tuvo su asiento definitivo, rodeada por los cerros de impactantes colores. Hoy la ciudad vibra con el intenso rojo de los secaderos de pimientos, con las pequeñas bodegas que elaboran vinos regionales, con los dulces que llenan de azúcar la memoria del visitante. Santa María es hogar de buenos tejedores, de hilanderas de manos hábiles, de vallistos que no olvidan agradecer a la Pachamama, la Madre Tierra, de copleras y copleros que se enfrentan en el contrapunto amable de sus cantos.

TUCUMAN

LAS RUINAS DE QUILMES
Desde Santa María y dejando por un breve instante la Ruta 40, un ca-

Los Valles Calchaquíes, cuna de tradiciones

Recorrida en buena parte de su extensión por la Ruta 40, la región de los Valles Calchaquíes es la tierra de las industrias domésticas, de la alfarería, de los tejidos de llama, de oveja, de guanaco y de vicuña, de las coplas, de las tradiciones populares.

El arte textil de esta región con larga tradición refleja la fusión de las tradiciones prehispánicas con la cultura europea, luego de la incorporación del telar horizontal de pedales. La lana de los camélidos toma forma en las manos de las hilanderas, para convertirse luego del tejido en suaves mantas y coloridos ponchos, y de la sabiduría de los "teleros" nacen los famosos tapices cafayateños, tramando el paisaje multicolor en delicadas obras de arte. También tienen renombre los tapices de Santa María, las mantas de alpaca de Belén y los delicados tejidos de vicuña del pequeño pueblo de Londres. Los cestos trabajados en "simbol" aguardan a la sombra de los caserones de adobe, los vasos y jarros de cerámica negra de raíz prehispánica se entremezclan con los grandes tinajones para conservar el vino, las bateas de madera conviven en los patios con los molinos de piedra.

En las celebraciones religiosas y las fiestas populares de los Valles Calchaquíes también se entrelazan la ancestral cultura andina y las creencias católicas. A los valles van llegando peregrinos y promesantes, y las pequeñas e íntimas procesiones de los "misachicos" se suman a las millares de personas que acuden a los poblados. Y están vigentes otras festividades de larga tradición como la Pachamama y, sobre todo, el Carnaval, la "fiesta por excelencia" que en el Valle Calchaquí se conoce como la "Chaya", nombre de la ofrenda de alcohol que se vuelca en la tierra antes de beber. No se pueden olvidar los festejos de la Vendimia, en el mes de febrero, o celebraciones locales como la "Serenata a Cafayate", que congrega a músicos, cantores y poetas. Como sucede en casi to-

das las ce
rra calcha
narse con
dadas con
das region
Durante
Fiesta de
ciones po
las empar
pañamien
conocidas
como "Joy
el momen
vallista se
copleras e
so de su c
picardía, c
sentir prof

Bernardino Avila




lchaquí está Cafayate, cuna del vino torrontés.


Una manada de vicuñas parece posar para la foto bajo el sol de los Valles Calchaquíes.

s a la Puna

mino hacia las alturas lleva a las localidades tucumanas de Amaicha del Valle, donde el sol brilla todos los días del año, y Tafí del Valle, un pequeño paraíso enclavado en medio de un verdor insospechado.

Un poco más allá de Santa María, la provincia de Tucumán se introduce como una breve cuña en los Valles Calchaquíes para dar lugar a las Ruinas de Quilmes. Ubicadas sobre las laderas del cerro Alto el Rey y a unos 20 kilómetros de Amaicha del Valle, estas ruinas representan uno de los más importantes sitios arqueológicos del país y el asentamiento humano prehispánico más grande de la Argentina. Centro de la resistencia diaguita, esa increíble ciudad que estuvo habitada por casi 5 mil indígenas fue protagonista de uno de los episodios más cruentos y represivos de la conquista. Vencidos por las armas de los españoles, hombres, mujeres y niños fueron obligados a trasladarse a pie hasta la provincia de Santa Fe y, más tarde, al sur de la capital del Río de la Plata. Casi todos perdieron la vida y sólo quedó su nombre en una localidad que, sin embargo, les rinde homenaje: Quilmes, en la provincia de Buenos Aires, fue su destino final.

Colalao del Valle será el pretexto para dejar Tucumán y seguir el camino por la Ruta 40, un pueblo de calles tranquilas, casas de adobe y vinos generosos a orillas del río Santa María, que le tributa sus aguas y alimenta sus tierras.

SALTA

LOS VALLES DEL SOL De improviso, Salta se adueña de la Ruta 40 y de los Valles Calchaquíes. En el centro del Valle de Santa María, en medio de plantaciones de vid, se encuentra el pequeño y pintoresco pueblito de Tolombón, pero el alma de esta parte de los valles reside en Cafayate, la "tierra donde vive el sol", madre de diaguitas y calchaquíes y cuna del vino torrontés, fundada en 1840 en la unión de los valles Santa María y Calchaquí con la Quebrada de Las Conchas. Rodeado por un extenso cinturón de viñedos, la ciudad tiene calles bien trazadas y casas de una sola planta, con su particular estilo entre colonial y barroco. A su alrededor se levantan importantes bodegas y establecimientos viñateros, y un antiguo molino jesuítico de piedra, todavía en funcionamiento. Florecen en el pueblo los hábiles artesanos, alfareros y plateros, hilanderas y teleros que pintan en sus tapices los colores imposibles del paisaje.

Siguiendo rumbo al Norte, la primera mirada a San Carlos muestra un caserío detenido en el tiempo, que otrora fuera "pueblo de indios" y más tarde la Misión de San Carlos Borromeo creada por los jesuitas. Su iglesia, construida a principios del siglo XIX, es la de mayor tamaño de los Valles Calchaquíes. Tierra de teleros, alfareros y cesteros, de cultivadores y viñateros, San Carlos renace cada año en las coplas del carnaval vallisto. Más allá se encuentra el pequeño poblado de Animaná, que en la antigua lengua indígena significa "lugar del cielo".

Entre San Carlos y Angastaco surgen otros pequeños poblados como San Rafael, Los Sauces o Payogastilla, pero es el abrumador paisaje de la Quebrada de las Flechas, con sus curiosas formas cinceladas pacientemente por la naturaleza, el que despierta la imaginación. El río Calchaquí lleva hasta Angastaco, un pueblo que guarda para sí el capricho de las formas y los colores del paisaje que lo rodea. Las casas de adobe con sus frentes blanqueados a la cal contrastan con el verdor de los viñedos, traídos tempranamente desde Chile por los jesuitas, y con el rojizo relumbrar de los secaderos de pimientos.

PONCHOS Y PIMIENTOS

Unos kilómetros más y se llega a Molinos, cuna del poncho salteño, tierra de tejedores y de poetas que a mediados del siglo XVII fuera un pueblo de Encomienda. En su trazado irregular resaltan las casas de adobe y los tejados de barro, galerías, pórticos y la iglesia parroquial San Pedro Nolasco de Los Molinos, construida en 1639.

De pronto, el pueblo de Cachi derrama su blancura en medio de un valle de tierra fértil, rodeado de alfalfares y plantaciones de pimientos. Histórico "pueblo de indios", adquiere un aspecto pintoresco con sus calles angostas y empedradas, con el imponente marco de las cumbres siempre blancas del Nevado de Cachi. Fundada en 1673, Cachi posee una plaza central a un costado de la cual se levanta la iglesia de estilo neogótico, con su techo y altar construidos con madera de cardón. En la otra esquina asoma la recova del Museo Arqueológico Pío Pablo Díaz, donde se conservan 5 mil objetos que relatan los 10 mil años de historia de la región. A pocos kilómetros de allí, los arroyos que bajan de los nevados crean pequeñas cascadas y piletones de aguas transparentes, preparando los ojos para el paisaje de Cachi Adentro, el sitio arqueológico de Las Pailas y, algo más al Sur, las imponentes ruinas prehispánicas de La Paya.

No muy lejos de Cachi, Seclantás se percibe como un pequeño pueblo de tierras añejas, nacido a partir de una calle principal a cuyos lados reposan casas con frescas galerías y techos de caña cubiertos con torta de barro. Desde lo alto del cerro se observan sus calles irregulares y vistosas casas con fachadas de diferentes colores. Cruzando el río Calchaquí comienzan a vislumbrarse los nogales que preceden a las fincas que han desarrollado, gracias a las dulces aguas del río Brealitos, pequeñas bodegas familiares donde se elaboran el "vino patero" y la mistela. Seclantás también conserva la tradición de sus tejedores, hábiles artesanos de herencia andina, que saben tramar los famosos ponchos salteños.

Más al Norte, la Ruta 40 entra en Payogasta, un pueblo tranquilo con angostas calles de tierra y viejas construcciones de adobe que son testigos mudos del paso de los siglos. Uno de sus atractivos son los secaderos de pimientos, que invaden de rojo cromatismo las fincas cercanas y, en ocasiones, el mismo pueblo. Finalizando el recorrido por estos valles fascinantes se llega a La Poma, un pequeño pueblo vallisto cuyo largo callejón enmarcado por pircas resguarda al pueblo viejo para otorgarle un encanto particular, con sus senderos salpicados ocasionalmente por rebaños de ovejas y llamas. Entre quebradas sinuosas y cumbres

>>>


Cordones montañosos enmarcan la puerta catamarqueña a los Valles Calchaquíes.

elebraciones populares de esta tie-
aquí, el fin de la fiesta suele engala-
coloridas ferias artesanales, inun-
n el penetrante aroma de las comi-
nales.
e los carnavales, en la Pascua, en la
la Cruz o en casi todas las celebra-
pulares, cuando se han terminado
nadas y el vino, se canta con acom-
to de caja. Así nacen las bagualas,
s en algunos lugares de los valles
y-joy", que suelen ser inventadas en
to de ser cantadas. Pero el alma
despierta al fin cuando copleros y
entablan, en el contrapunto melodio-
canto, diálogos alegres y de sabia
con el recuerdo vivo de la fiesta y el
fundo de la copla popular.



En Tucumán, un camino que serpentea hacia las alturas lleva a los verdes cerros de Tafí del Valle.



Las Ruinas de Quilmes. Hoy es uno de los más importantes sitios arqueológicos del país.

Alejandro Elías

Una impactante gama de colores minerales tiñe los majestuosos cerros de la Quebrada de Humahuaca.

>>>

aterciopeladas, en las serranías erizadas de cardones se destacan la formación natural del “Puente del Diablo” y, sobre todo, “Los Graneros”, silos del tiempo de los incas donde se conservaba el maíz.

HACIA LAS NUBES Lentamente los valles quedan atrás y la Ruta 40 comienza a trepar, intentando alcanzar las nubes. Casi sin transición se llega al Abra de Muñano, a 4 mil metros sobre el nivel del mar, donde una gran planicie prepara al viajero para encontrarse con un pueblo que parece dormido en la soledad de las alturas, en la calma insondable del desierto.

San Antonio de los Cobres no es más que un pequeño caserío desolado, casi perdido ante la inmensidad de los nevados Acay y Chañi, de cumbres nevadas. Una pequeña iglesia, una escuela que parece nueva, los obradores de las minas y los gasoductos son los pocos elementos que dan forma al paisaje urbano. Pero el atractivo de este pueblo perdido de la Puna está a sólo 22 kilómetros, en el Viaducto La Polvorilla, donde termina el recorrido del Tren de las Nubes. Cada vez que este pequeño tren cargado de turistas se detiene sobre la estructura de hierro del viaducto se produce un fenómeno que cambia instantáneamente la aridez del paisaje. Desde las alturas, hombres, mujeres y niños van bajando cargados de bultos y mantas multicolores, y de pronto nace un mercado improvisado donde abundan los tejidos andinos y los trabajos en madera de cardón. De esto viven los escasos habitantes de San Antonio de los Cobres, porque cuando parte el tren que se detuvo apenas por unos instantes, el silencio y el viento se adueñan nuevamente de la Puna. Más allá vendrán las Salinas, un desierto blanco en el cual la Ruta 40 parece perderse al entrar en la provincia de Jujuy.

JUJUY

PAISAJES DE LA QUEBRADA No hay paisaje que la Ruta 40 no atraviese en este territorio que se acerca al cielo. A más de 3 mil metros de altitud, se atreve a bordear la interminable extensión de las Salinas Grandes, un océano inmóvil de deslumbrante blancura, donde unos pocos hombres, que han construido sus sencillas viviendas con bloques de sal, extraen pacientemente ese material cristalino que algún día sazonará los alimentos de tanta gente. No es el único salar de estas alturas, pero sí uno de los más grandes.

A poco de pasar por Tres Morros, la Ruta 40 se cruza con la Ruta 52, que conecta la Quebrada de Humahuaca con Chile por el Paso de Jama, y llega al pueblo encantado de Purmamarca. Recostado contra el “Cerro de los siete colores”, que conforma uno de los paisajes más característicos de toda la zona, el eje del pueblo se encuentra en la Iglesia de Santa Rosa de Lima, construida en 1648, alrededor de la cual un mercado artesanal llena de color la pálida tonalidad de las casas de adobe. La Quebrada de Humahuaca, que corre en forma paralela a la Ruta 40 y transcurre a lo largo de la Ruta 9, está a sólo un paso. Tilcara, a orillas del río Huasamayo, es un pueblo agradable con calles estrechas que intentan abrazarse a los cerros, muy cerca del Pucará del mismo nombre, un imponente sitio arqueológico que domina el valle del río Grande. A poca distancia de la Ruta 9, la Iglesia-capilla de Nuestra Señora de la Candelaria de Huacalera fue en sus orígenes la capilla de un establecimiento español de la época colonial. Humahuaca, con sus calles empedradas y sus bajas casas de adobe, no parece haber perdido el aspecto que tenía en los tiempos de la colonia, cuando era el centro más importante de esa Quebrada que sigue rumbo al Norte para encontrarse con la Ruta 40.

DE CASABINDO A LA QUIACA Sin embargo, esta ruta no ha interrumpido su paso, y desde el desvío a Purmamarca continúa su recorrido por la desolación de la Puna y se acerca al olvidado pueblo de Casabindo, fundado a principios del siglo XVII, con sus casas de adobe y piedra con techos de barro y paja, que trepan por la escarpada cuesta y se confunden con los grandes peñascos ocres de los alrededores. Sin embargo, no todo es soledad: cuando llega el mes de agosto, el centenar y medio de pobladores de Casabindo se visten de fiesta y convocan a quienes habitan en los alrededores. Juntas se celebran la Pachamama y Nuestra Señora de la Asunción, y la Fiesta de Casabindo vibra con el sonido de las bandas de sikuris, se contonea con la Danza de los Samilantes, y se llena de alegría con el “Toreo de la Vincha”, la única fiesta taurina que subsiste en el país.

Ciento veinte kilómetros más allá, Abra Pampa es una pequeña localidad cruzada en las noches por el frío viento de la Puna, que una vez se hizo conocer como “la Siberia Argentina”. Levantada al pie del cerro Huancar, a casi 3500 metros de altitud, cuentan los abuelos que allí habita una Salamanca y que la lluvia, el viento, el frío y el calor dependen del estado de ánimo del cerro. Por ese motivo, los habitantes se dirigen a las laderas del Huancar para calmarlo, ofreciéndole alimentos a la Pachamama y pidiéndole que mande lluvias para que las pasturas sean abundantes y los ganados prosperen. Abra Pampa es, también, el lugar de confluencia, donde la Ruta 40 se abraza con la Ruta 9 para seguir camino rumbo a La Quiaca.

Es el final del viaje, y también el principio, porque la Ruta 40 puede recorrerse nuevamente de Norte a Sur, porque el viajero sabe que todavía quedan muchos paisajes por descubrir e infinitas historias que todavía no han sido contadas.

Producción: **Turismo/12**.
Texto: Marina Combis.
Fuente: Secretaría de Turismo de la Nación.

Cuando La Quiaca se viste de fiesta

Cada tercer domingo de octubre, La Quiaca olvida los vientos de la Puna para convocar la más antigua de sus tradiciones, la “Manca Fiesta” o “Fiesta de las Ollas”. De todos los rincones del Altiplano comienzan a bajar los collas a pie o a lomo de mula, a veces con llamas cargadas como antaño lo hacían por los caminos incaicos, desde Bolivia y desde poblados distantes y olvidados. También vienen desvencijadas camionetas cargadas de fardos y de gente, pastores, agricultores, comerciantes. En un playón despoblado del río Toro Ara comienzan a amontonarse los bultos, los animales, la multitud bulliciosa, y se van armando las carpas para que el atardecer convierta el improvisado mercado en pura fiesta.

La Manca Fiesta es en realidad un gigantesco mercado del trueque que ha mantenido durante siglos muchas tradiciones de la cultura quechua: la vigencia de las redes sociales, el intercambio, la música y el baile. Tierra de “olleros” y alfareros, todavía se fabrican en los alrededores las grandes tinajas de barro en las poblaciones bolivianas de frontera como Talina, Verqui, Chagua, Calahoyo y Casira Chica, y en menor medida, en la localidad argentina de Casira Grande, en el vecino pueblo de Santa Catalina. Estas ollas, que son enfardadas en grandes bultos, reciben diferentes nombres según su tamaño como *wirques, yuros, huacos, pucos o puitulos*, y se amontonan en la feria para ser cambiadas por tejidos de Suripugio, cacharros de barro cocido de Casira, barracanes de Pozuelos y Santa Catalina, fruta fresca de Socochа o Talina, semillas, papas andinas, frutas disecadas, bebidas, sombreros, canastos o textiles de pelo de llama. Hoy no es sólo el trueque el que rige el mercado, como antes, porque el dinero ha comenzado a ocupar su lugar.

Pero cuando cae la tarde el ritual del comercio queda a un lado, y las carpas a un costado del mercado se inundan con el aroma del charqui y el locro, y las ollas se llenan del penetrante sabor de la chicha. Vibra la música con el sonido de las quenas y anatas, de las cajas, de los charangos y de las viejas caseteras, y se arma el baile que dura hasta que se pueda. Las coplas de amor se intercalan con los regateos sin fin en quichua y en español. Todo es alegría hasta el amanecer, cuando el mercado vuelve a la vida.

La Quiaca, punto final de la Ruta 40, tiene muchas historias para contar.